



Asociación para el Estudio de Temas Grupales,  
Psicosociales e Institucionales

## AREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

[www.area3.org.es](http://www.area3.org.es)

Nº 3 – Invierno 1995 – 96

*“... ¿Huir yo padre mío y abandonarte?, ¿es que lo llegaste a esperar?  
¿Salió de una boca paterna tan gran sacrilegio?...”*

VIRGILIO. LA ENEIDA. LIBRO II

### Carta

*M<sup>ra</sup> José Pérez (1)*

En muchas ocasiones he recordado con cierta sorpresa el pasaje de la Eneida en el que huyen de Troya en llamas Eneas con su padre y su hijo Iulo. Este pasaje lo leí por primera vez cuando tuve que traducirlo en COU, después fue mi libro de lectura en un viaje a Italia y, tras ver el fresco de Rafael sobre este mismo pasaje en Roma años después, volví a leerlo.

Y hoy que lo releo para escribir esta colaboración vuelvo a imaginarme a Eneas, con su cabellera deslumbrante, llevando a su padre tiernamente en los hombros, “a cabritos”, como se lleva la dulce carga de un niño pequeño. Y al mismo tiempo, no sé por qué razón me recuerdo a mi misma de pequeña, con unos seis o siete años con mi padre en la parte delantera de su vespa. Mi padre, que con sus manos llevaba las mancuernas de la moto, alcanzaba con su pulgar a rascar detrás de mi oreja. También se inclinaba hacia delante y me decía cosas al oído y, supongo, recibía mi olor de niña, esa mezcla de jabón, agua de colonia, mina de lápiz y no se sabe qué cosas más a la que sólo huelen los niños.

Me imagino el placer de mi padre llevando a su niña, oliendo su pelo y oyendo su voz y su risa. TODA LA VIDA POR DELANTE. Y en estos pensamientos de risas y olores me viene la imagen del padre y el hijo huyendo de Troya; la carga huesuda, el roce con la piel resquebrajada y el olor indigno e inconfundible de la vejez. SIN FUTURO.

<sup>1</sup> M<sup>ra</sup> José Pérez es licenciada en Historia del Arte. Actualmente desarrolla su trabajo profesional en el departamento de comunicación de una empresa consultora de Sevilla.

Y pienso lo ingrata y rechazable que nos parece la vejez, a pesar de Virgilio, y por el contrario cómo amamos el brote hermosísimo de la infancia.

Si pude recibir de mis padres el placer de *ser cuidado* y por esa razón, de una manera casi intuitiva, poder dar y obtener placer del cuidado de mis hijos, todo lo que me han transmitido en lo que se refiere al cuidado de los ancianos es la visión de un suplicio, del tormento que suele caer sobre las mujeres de mi familia cuando están en un momento vital de cierto agotamiento, entrada ya la madurez, y, entonces..., es cuando entra la suegra, la madre, o el padre por las puertas, porque necesitan que los cuiden, y se instalan en sus casas y en sus vidas.

Y empiezas a ver el deterioro de una relación que fue cariñosa y agradable en otro tiempo y sobre todo, comienzas a verte en el anciano y en su cuidador como algo que te va a llegar más tarde o más temprano. Y qué difícil debe ser para estas mujeres maduras que cuidan irse acercando a la vejez también ellas, sabiendo lo que les espera en un futuro no muy lejano y lo poco que las personas a las que tanto quieren van a disfrutar con ellas.

Me acerco a los cuarenta y me parece una edad bonita. Todavía queda algún tiempo para ser objeto geriátrico de cuidados, pero, a la vuelta de la esquina tengo el papelón de cuidadora de mi madre, siguiendo la tradición de mi familia. Y no quiero una relación mezquina, quiero recordar sus cariñosos cuidados de antaño y verla guapa siempre, elegante y bien peinada, nada achacosa, oliendo a crema hidratante y a discreto perfume...un sueño. Y, por qué no, pedirle que ella me cuide también un poquito y leerle a Virgilio. Y aunque nada de esto sea posible, escudriñar en placeres de cuidados antiguos compartidos y darnos momentos de ternura con algunas dosis de buen humor.

